



FOCO EN LA ESCRITURA

PROMUEVE LAS HABILIDADES DEL LENGUAJE ESCRITO
AUMENTA LA CONCIENTIZACIÓN SOBRE LAS DISCAPACIDADES
ESTIMULA EL DIALOGO

Dulces La Escuelita

por Anne Finger

Pasaje adaptado de *Elegy for a Disease: A Personal and Cultural History of Polio* (*Elegía para una Enfermedad: Una Historia Personal y Cultural del Polio*) (Nueva York: St. Martin's Press, 2006).

A la edad de dieciséis años postulé para un empleo en el Dulces La Escuelita en Pawtucket, en el estado de Rhode Island. Aunque ya había ganado dinero cuidando de niños, nunca había sostenido un empleo de verdad. Sólo me pagaban cincuenta centavos por hora, pero ya que Susan trabajaba en Trinity Square, a menudo yo cuidaba de los hijos de los actores. Algunos viernes o sábados por las noches ellos salían luego del espectáculo, y no volvían a casa sino hasta las dos o tres de la mañana. Para entonces, los niños ya hacía horas que estaban dormidos, y a mi me pagaban mientras hacía mi tarea—a veces—o leía libros, escuchaba música, miraba televisión o dormía.

Podría ganar más de tres veces más dinero trabajando en una fábrica, pero aun más importante era el hecho de que el trabajo en una fábrica era un empleo de verdad, del tipo en el que sabes semana a semana las horas que estarías trabajando y el dinero que ganarías. Tendrías que darle a tu empleador tu número de Seguro Social. Podrías decirles a tus amigos “tengo que ir a trabajar”, o “salgo del trabajo a las seis”.

Pareciera que cada adolescente en el área de Providence en los años 60 trabajó en Dulces La Escuelita—aunque fuera por una o dos semanas solamente. Quizás hubiesen trabajos en los recónditos escondidos de la fábrica que requerían destrezas—como mezclar los componentes químicos, azúcares y almidones que iban en los dulces, o mantener niveles adecuados de estos ingredientes—pero los empleos que los muchachos de secundaria conseguían se podían aprender en minutos. Es posible que mientras más nuevo eras en el trabajo, más eficiente eras—aun no habías sido desmoralizado por el aburrimiento ni habías descubierto como holgazanear mientras aparentabas trabajar. La paga era el sueldo mínimo—1.60 dólares por hora.

Dulces La Escuelita estaba ubicada en uno de los muchos edificios de ladrillos, vastos y cuadrados, que salpicaban el paisaje de Providence y Central Falls y Pawtucket. El rojo de sus ladrillos había sido apagado por las capas de hollín y mugre que se habían acumulado a lo largo de las décadas. Sus ventanas también parecían como si nunca hubieran sido lavadas excepto por la

lluvia, y estaban moteadas de tierra marrón. Me imagino que este edificio—como la mayoría de los otros—debe haber sido una fábrica textil, pero las compañías textiles se habían mudado todas hacia el sur, no sólo más cerca de donde crece el algodón, sino más lejos de la mano de obra sindicalizada del Noreste. Para finales de los años 60, las antiguas fábricas permanecían mayormente abandonadas o se habían convertido en fábricas donde se producía bisutería barata. Unas pocas otras alojaban compañías como Dulces La Escuelita.

Trabajar allí era un rito de iniciación al mundo laboral. De Dulces La Escuelita uno podía ascender a ser encargado del hilado, las tarjetas, o un operador de prensa de pie en una de las fábricas de joyas. Mis amigos y mi hermana mayor me describían la escena. Por una banda transportadora que giraba sin parar fluía un río de un tipo de caramelo, quizás chupetas amarillas de limón—chupetas amarillas, chupetas amarillas, chupetas amarillas, chupetas amarillas, chupetas amarillas, chupetas amnITw(lluvi.17(illasas, chu. Túj1otras alo2oeor as)Tj-18.8

¿Quién compraba esos dulces baratos? Aun cuando yo era una niña y

Cuántas veces he experimentado lo mismo que con el hombre en Dulces La Escuelita, quien no podía ni construir una oración. Enfrentado con una discapacidad, hasta el lenguaje mismo queda tullido. Se tropieza consigo mismo, tartamudea, se vuelve torpe, desgarbado, incluso paralizado. No hace mucho tiempo mi amiga Susan, quien recién había regresado de visitar a sus padres, me comentó que su madre había preguntado por mí—aunque no por nombre. “¿Qué dijo?”, pregunté. “¿Cómo está tu amiga con el apellido raro—Hand? ¿Toe?” “No”, dijo Susan. “Así no es como te describió”. “Oh”, dije, estirando la palabra y riéndome. “¿Cómo está tu amiga la discapacitada?” No, no era eso. “¿*Minusválida*?” Pregunté. “¿Lisiada?” Resulta que la mamá de Susan había dicho “¿Cómo está tu amiga la que está—ah—ah?”

Cuando comencé a escribir trabajos de ficción, los diálogos se me ocurrían fácilmente—creo que es porque estaba acostumbrada a escuchar lo que las personas estaban diciendo detrás de sus palabras. Toda mi vida he tenido que entender cómo las palabras buscaban disimular al mismo tiempo que revelar—y aun así, inevitablemente, mostraban la cosa misma que los que las decían creían estar escondiendo. Tuve que afilar mi capacidad de escuchar lo que estaba por detrás de las mentiras y evasiones piadosas, para ver la incomodidad que las personas creían estar manteniendo en secreto.

Yo no discutí con el hombre en Dulces La Escuelita, o con ninguna de las otras personas que de plano se negaron a contratarme debido a mi discapacidad.

Habiendo pasado el día escribiendo sobre Dulces La Escuelita, me encuentro con un amigo para cenar. Pepper me pregunta cómo me fue ese día, y yo le digo que he estado escribiendo sobre el trabajo, sobre no haber sido contratada por Dulces La Escuelita, sobre las chupetas amarillas y los pollitos amarillos de malvavisco de Pascua—él se recuerda de esos y se estremece—y las chupetas rojas, y el calor veraniego en la fábrica sin aire acondicionado.

“Cariño, ¿*de verdad* querías trabajar allí?” pregunta él, riéndose.

Bueno, sí, si quería. Y no es sólo porque necesitaba el dinero, aunque sí necesitaba el dinero.

Salir de trabajar en Dulces La Escuelita, era un poco como salir de la clase de educación física. Todas las otras muchachas se quejaban de educación física: sobre los uniformes—ridículos trajes azules con bombachos, algo que nuestra madre pudo haber vestido en los años 30; sobre las duchas donde el agua siempre estaba demasiado fría; sobre la mentalidad de sargento de la maestra de educación física.

Una vez por semana, la maestra de educación física enseñaba una clase llamada “Salud e Higiene”, a la cual yo debía asistir. Cuando el asunto era la salud dental, ella había hablado largo y tendido sobre su propio trabajo dental, diciéndonos con orgullo que ella tenía empastes de oro sólido, muy superior a la amalgama comúnmente utilizada. Entonces procedió a caminar entre las filas de

pupitres, con su índice derecho enganchado en su boca abierta para que cada una de nosotras pudiera mirar en su boca y ver el trabajo dental por nosotras mismas. En otra ocasión nos contó sobre un limosnero lisiado en México quien

Con su familia en circunstancias estrechas, la necesidad de trabajar de Bourne era grave:

Existe una dolorosa tortura mental que viene con tal experiencia—la necesidad urgente, el repetido fracaso, o más bien el repetido fracaso así sea de obtener una oportunidad de fracasar, la comprensión de que aquellos en casa no pueden darse el lujo de que te quedes sin hacer nada, el creciente pavor a encontrarte con las personas—todas estas son cosas que aquellos que nunca las han experimentado, nunca podrán entender.

Yo no sabía que Randolph Bourne había atravesado por lo mismo que yo estaba atravesando. Yo había leído mucho sobre el Movimiento de la Libertad de Expresión en la Universidad de California en Berkeley en 1964—reconocido como el Big Bang que comenzó el movimiento estudiantil. ¿Había leído yo sobre Jacobus tenBroek, un profesor líder que apoyaba el movimiento? Si hubiese leído alguna cosa sobre él muy seguramente habría sabido que era ciego, ya que cualquier descripción de su persona habría subrayado este punto. Yo no habría sabido que él había co-escrito un texto, *Hope Deferred: Public Welfare and the Blind (La Esperanza Diferida: El Sistema de Bienestar Público y los Ciegos)*, en el cual él hablaba de las restricciones en las vidas de las personas ciegas como un asunto de derechos civiles.

Yo no sabía que en Nueva York, en los años 30, un grupo de trabajadores y posibles trabajadores discapacitados—muchos de los cuales con toda seguridad habían sido paralizados por el polio en la epidemia de Nueva York de 1916—se encontraron a sí mismos juzgados como “no empleables” por la Administración de Progreso de Obras de Roosevelt (WPA, por sus siglas en inglés). Para protestar tal discriminación, ellos se organizaron como la Liga de los Físicamente Discapacitados.

Sylvia Bassoff, una de las organizadoras, habló de sus experiencias antes de unirse al grupo: “Bueno, pues me encontré con que no podía conseguir un trabajo porque estaba discapacitada”. Ella se inscribió en una escuela de negocios y se volvió una genio tomando dictados y escribiendo a máquina. “En mi ingenuidad, yo pensé, ‘me voy a graduar de Drake Business School y allí todos van a querer emplearme’. ... Bueno, nadie me empleó.... Algunas personas que... obtuvieron empleos... ni comenzaban a ser tan buenas como yo era”. Sin poder obtener empleo en el sector privado, ella fue humillada al ser forzada a recurrir a un taller de trabajo protegido operado por la Oficina de Caridad de Brooklyn, donde le pagaban 3,50 dólares por cada mil sobres a los que le pusiera dirección a mano. Cuando un miembro de la liga le dijo que se estaban organizando para conseguir trabajos para las personas con discapacidades, Sylvia dijo, “¿Trabajos? Lo que sea con tal de salir de aquí”.

Los primeros miembros de la liga tenían más en común que simplemente su identidad de “minusválidos”. Ellos eran mayoritariamente judíos, provenientes de familias de la clase trabajadora. Hijos de inmigrantes recientes del este y el

sur de Europa. No sólo habían provenído de orígenes dónde la educación era altamente valorada y la ética de trabajo muy fuerte, sino que también compartían una perspectiva política radical. Provenientes de familias y comunidades donde la ideología izquierdista era predominante, ellos estaban acostumbrados a pensar en soluciones sociales en lugar de individuales a los problemas. Más si bien la Izquierda de Nueva York—en la cual muchos de ellos tenían sus raíces—acogió su causa, a menudo lo hacían de tal forma que estigmatizaba aun más a las personas con discapacidades. Cuando la liga estaba protestando la WPA, el *Daily Worker* los describió como “arrastrando sus propios cuerpos lisiados de un lado para el otro”, cuerpos “retorcidos por la parálisis infantil”. En otras ocasiones eran descritos como “victimas de la parálisis” o “indefensas personas tullidas”. Un titular en el *Daily Worker* exageró para causar lástima cuando declaró “Valiente Policía de LaGuardia Golpea, Da Garrotazos y Lanza a la Cárcel a Tullidos Desempleados”.

algunos puestos de estacionamiento al frente para los trabajadores discapacitados? (Nunca lo hicieron). Si bien el empleo durante la época de guerra trajo cierto alivio de la discriminación, también trajo consigo el conocimiento de que lo que se había ganado podría perderse. Cuando la guerra terminara, ¿volverían las cosas a ser igual que como eran antes?

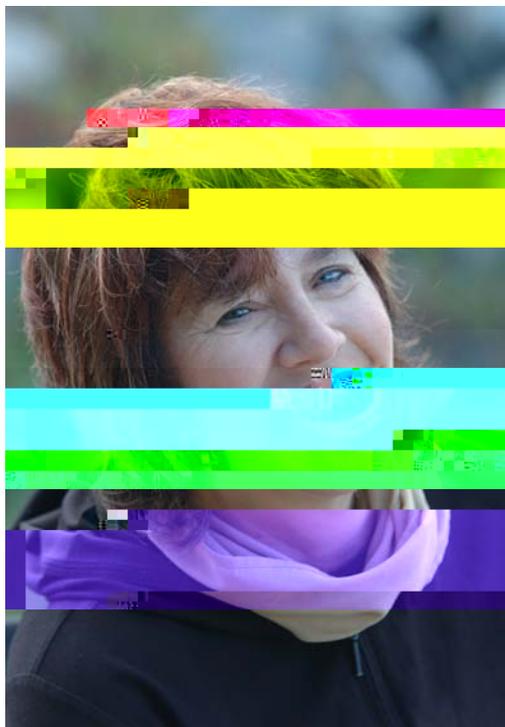
Huse tenía un compañero de trabajo en Raytheon, un hombre con una pierna amputada que además era alcohólico y había sido despedido por trabajo deficiente. Tiempo después Huse lo vio en las calles de Boston:

Su cabello estaba casi completamente blanco y le pasaba de las orejas. Estaba mugriento y sin afeitar. Abiertos en abanico en su mano habían varios lápices y a su lado estaba una cacerola para pasteles toda abollada, la cual contenía varias monedas....

“Mírame bien, muchacho, porque esto es lo que nos pasa a nosotros”. Esa noche, Huse tuvo una pesadilla en la que estaba hambriento y sin un centavo, y en búsqueda de una esquina callejera donde poder vender sus lápices. “En cada esquina el hombre con una sola pierna se sienta y me mira, yo paso apurado. Su voz me persigue, ‘Ya volverás, muchacho, ya volverás...’”

Si yo no hubiese estado tan envuelta en mi desprecio por otras personas con discapacidades, podría haber hablado con personas a mi alrededor en situaciones similares: un hombre que formaba parte del movimiento local de derechos civiles que sufría de parálisis cerebral; un muchacho que también iba a mi escuela, que también había tenido polio y que caminaba con muletas de madera, hacia el cual yo sentía casi una repulsión física.

Luego de unas cuantas experiencias más como la de Dulces La Escuelita, llamé al Departamento de Rehabilitación Vocacional de Rhode Island—"Voc Rehab" para acortar—porque me parecía que ellos debían poder ayudarme. El hombre al otro lado de la línea me explicó que ellos estarían encantados de evaluarme, de hacerme una serie de exámenes, de capacitarme para un empleo, pero que no, que ellos no podían hacer nada para ayudarme a conseguir un empleo, y no, ellos no sabían de ningún lugar que estuviese dispuesto a considerar contratarme. "Capacitación", dijo una ve



Fotografía por Mary Gaetjens

Anne Finger

Anne Finger es una escritora tanto de ficción como de trabajos creativos no de ficción. Su colección de cuentos cortos, *Call Me Ahab (Lláname Ahab)*, fue galardonado con el Premio Prairie Schooner y será publicado por la Imprenta de la Universidad de Nebraska en el otoño de 2009. Ella ha publicado otros cuatro libros: *Elegy for a Disease: A Personal and Cultural History of Polio* (2006); una novela, *Bone Truth* (1994); *Past Due: A Story of Disability, Pregnancy and Birth* (1990); y una colección de cuentos cortos, *Basic Skills* (1988). Su trabajo también ha sido publicado en Alemania por Fischer Verlag y en el Reino Unido por The Women's Press. Su trabajo de ficción corta ha aparecido en *The Southern Review*, *Kenyon Review*, *Discourse*, y *Ploughshares*, entre otras publicaciones.

Finger ha enseñado redacción creativa en Wayne State University en Detroit, Michigan, y en la Universidad de Texas en Austin, y ha sido escritora residente en el Edificio de Mujeres en Los Ángeles, el Centro de Recursos para la Vida Independiente de San Francisco y en múltiples escuelas primarias, medias y secundarias. También ha recibido residencia en las comunidades artistas de Yaddo, Djerassi, Centrum, y Hedgebrook. Ella vive en Oakland, California. Finger sufrió de Polio cuando era una niña pequeña, caminó con muletas en sus años formativos y ahora usa una silla de ruedas.

VSA arts

Una filial del Centro John F. Kennedy para las Artes Escénicas

818 Connecticut Avenue NW, Suite 600 • Washington, DC 20006 • Tel: 202.628.2800 • TTY: 202.737.0645 • Fax: 202.429.0868
www.vsarts.org